

Miguel Angel Vega

## Algunas interpretaciones europeas del «Quijote»



L «Quijote» no fué entendido ni estimado por los contemporáneos del Manco de Lepanto. La opinión de los escritores de la época vió en las páginas del libro una feliz parodia de las novelas caballerescas o un libro bufo sin mayor sentido trascendente. De esta manera juzgaron la obra, entre otras figuras notables de la Edad de Oro, Calderón, Lope de Vega, Alarcón, Espinel, Guillén de Castro y Gracián.

No tuvo mejor fortuna el «Quijote», en cuanto a su interpretación, en el siglo XVIII. El pensamiento crítico de la Enciclopedia y de la «filosofía de las luces» apenas si rozó su hondo sentido. Se le consideró en el mejor de los casos no sólo una sátira literaria sino una sátira moral y social en la cual la sensatez vence a la ignorancia y la razón poderosa a la locura.

Los escritores de la primera mitad del siglo XIX dieron un paso decisivo en la interpretación del «Quijote». La lectura de las vicisitudes padecidas por la célebre pareja en sus andanzas por la región manchega, sus típicas y características reacciones anímicas frente al medio que los envuelve en la atmósfera ideal

del libro, despertaron en la generación romántica resonancias profundas de orden crítico semejantes a las que hoy experimenta el lector moderno. Podría afirmarse que fué esta generación la que descubrió «El Quijote», o bien, la que «empezó» a escribir la máxima novela de las letras.

Herder considera «El Quijote» una obra representativa del alma peculiar española. Juan Pablo Richter sostiene que el libro expresa en forma admirable el símbolo de la lucha eterna entre el espíritu y la materia, entre el ideal y la vida. Schelling llega a la conclusión de que es una nueva obra mitológica creada por el genio de un gran escritor. Daniel de Foe traduce su impresión en el siguiente juicio: «Obra que muchos leen con placer, pero de la que pocos comprenden su sentido». Víctor Hugo, el corifeo del romanticismo francés, compara a Cervantes con Rabelais y dice: «Dos Homeros colocados aquí para terminar con la barbarie feudal». Enrique Heine, por último, confiesa haber leído el libro en su mocedad, haber sufrido con su lectura hasta las lágrimas, llegando después de estas y otras confidencias a la conclusión de que la novela es la sátira más grande escrita contra el entusiasmo humano.

Todas las facetas interesantes del «Quijote» fueron bien valoradas por los románticos. La conclusión inferida por ellos, en síntesis, es que se trata del libro que mejor representa el espíritu de la tendencia triunfante en la época. En el amplio mundo de la creación cervantina sorprendieron la eterna lucha entre el mundo soñado y el mundo real que atormenta con su aguijón al hombre.

En nuestra época, la exégesis del «Quijote» no ha sufrido grandes variaciones comparada con el siglo pasado.

El año 1905, con motivo de la celebración del tercer centenario de la publicación de la primera parte del «Quijote» surgieron dos libros notables sobre la inmortal novela. Nos referimos al «Ingenioso hidalgo Don Miguel de Cervantes Saavedra»

escrito por Francisco Navarro Ledesma y a la «Vida de Don Quijote y Sancho» de Miguel de Unamuno.

Navarro y Ledesma escarmanan en la azarosa vida de Cervantes deteniéndose en cada episodio con morosa delectación intelectual a fin de ir mostrándonos cómo los hechos exteriores de esta vida dejaron su impronta en el alma del glorioso soldado de Lepanto, razón por la cual debe verse en el «Quijote» el resultado artístico de una larga experiencia vital. La identificación entre el personaje y el autor resulta, de acuerdo con este criterio, nítida e inequívoca.

Miguel de Unamuno nos ofrece en su obra una de las más originales y desconcertantes visiones del «Quijote». Concede vida propia, independiente de Cervantes, al hidalgo manchego en cuyas aristas sorprende las virtudes cardinales del pueblo en que nació y vivió. El «Quijote» es el Caballero del Ideal, de la Gloria, de la Santa Locura. Frente al espectáculo de la patria en decadencia aconseja con patético aliento lírico emprender la cruzada de ir a rescatarlo de su sepulcro para que una vez redivivo sirva de norma y ejemplo a un pueblo que ha perdido la prestancia de un pasado glorioso.

Américo Castro, el distinguido humanista español, ha consagrado un libro importante a esta materia. Es la suya una contribución erudita sobre la obra del ilustre alcalaíno. Sostiene el autor de «El pensamiento de Cervantes» que fué éste un hombre fiel a su época, dueño de una cultura nada desdeñable y que escribió de acuerdo con una conciencia artística clara cuyas raíces deben buscarse en el caudal de ideas típico del Renacimiento.

Ramiro de Maeztu, desde otro ángulo crítico, considera la novela de Cervantes el libro representativo de la decadencia española de la época imperial durante las postrimerías del reinado de Felipe II y de los dos Felipes que le suceden en el trono. Háblanos en su sagaz libro «El Quijote, Don Juan y La Celestina» de un proceso paralelo entre la pérdida de la vitalidad

española y la amarga desilusión con que Cervantes remató su dolorosa existencia. La conocida frase pronunciada por Don Alonso Quijano el Bueno al borde de la muerte, «en nidos de antaño no hay pájaros hogaño», calzaría con justeza en esta breve, pero enjundiosa visión de la novela.

Otro estudio notable sobre la creación cervantina pertenece a Salvador de Madariaga. En el libro «Guía del lector del Quijote» desarrolla la tesis de que «el verdadero origen consciente del «Quijote» debe buscarse no en el deseo de destruir, sino en la ambición de emular la popularidad del Amadís de Gaula y su progenie». Los capítulos de su estudio escrito con talento elegante intitulados «la quijotización de Sancho», «la Sanchificación del «Quijote», «El dualismo del Quijote», «Dorotea la lista», «Cardenio o la cobardía», etc. revelan la gran sutileza especulativa de este prestigioso ensayista español contemporáneo.

Los hispanistas Paolo Savj Lopes y Jean Cassou, de nacionalidad italiana y francesa, respectivamente, han condensado en sendas obras su admiración hacia España y su máxima creación artística. Ambos libros llevan el mismo título: «Cervantes». El plan, que da estructura a sus páginas es, haciendo algunas reservas, más o menos idéntico. El lector encontrará en ellas referencias a la época en que le tocó vivir a Cervantes, a su vida oprimida por la desventura, aun cuando, en la apreciación crítica son sin duda, distintos. Paolo Savj Lopez rastrea y espiga en la concepción artística de Cervantes, el influjo del Renacimiento italiano, especialmente visible en «La Galatea»; y Jean Cassou en el mismo movimiento cultural, pero sin sujeciones a marcos geográficos. Según el hispanista italiano, «El Quijote» no es una obra simbólica, como sostuvieron los románticos, sino «una criatura artística perfecta que tiene toda la profundidad y relieve de la vida real». Según el hispanista francés, el libro es el fruto de un hombre esencialmente artista que supo crear dos seres «que serán siempre los mejores y más humanos entre todos los hombres».

El conocido historiador de las letras españolas, Manuel de Montoliu, se sale también del marco corriente cuando interpreta el «Quijote». Puede leerse en uno de sus últimos libros, «El alma de España», una fundamentada interpretación de la novela. El conocimiento indiscutible que tiene el historiador del desarrollo de las letras españolas y de las corrientes culturales que han comunicado un sello especial a sus principales manifestaciones concede evidente autoridad a su tesis de considerar «El Quijote» como una novela picaresca «la única escrita con sentido de piedad», según sus propias palabras. Hace notar Montoliu que en el «Quijote» y en las novelas picarescas el héroe está en rebelión con el mundo, la vida y la sociedad que lo rodea y que no reconoce como norma de conducta otra ley que la que le dicta su enhiesta individualidad. «Lo que hizo Cervantes con el «Quijote»—nos dice—fué elevar el género picaresco a un plano superior infundiéndolo al solitario rebelde el ideal de una finalidad redentora y sacándolo de los estrechos límites de una vulgar lucha por la existencia».

Azorín, el delicado novelista, cuentista y comentador de libros ha divulgado valiosos aspectos del «Quijote» en numerosos libros como ser «Al margen de los clásicos», «Clásicos y modernos», «Lecturas escogidas», etc. El dato histórico importante, la sugerencia feliz, el matiz escondido, la valoración del estilo de este o aquel episodio de la novela, brotan fácil de su pluma. He aquí lo que nos dice sobre Cervantes y su obra: «Leyendo el Quijote no nos podemos figurar a su autor distinto de como fué; pobre, mísero, angustiado, acosado por la necesidad, andando por los caminos perpetuamente, en contacto siempre con la realidad dolorosa. Un hombre rico, bienhallado, no hubiera podido escribir el «Quijote». Diremos más: casi creemos que podrá comprender mejor la obra de Cervantes un hombre que se encuentre en las condiciones en que Cervantes se encontraba, que a otro a quien la vida le sonría y todo en ella le halague.

Aparte de lo que hay de innato en el espíritu de Cervantes, puede decirse que esa misma índole de su vida—dolorosa y andariega—contribuye poderosamente a que su libro sea una obra de realidad y no de abstracción; una cosa viva, espontánea, y no una cosa rígida y seca».

El camino señalado por Azorín es, sin duda, uno de los mejores para comprender y amar «El Quijote».